

PATOLOGÍA RUSTICANTE ES LLAVE DE INGENIO CREATIVO¹

Enrique Villada

Me resulta difícil, en este momento precisamente, escribir acerca de un libro de poesía. No son de mi agrado los que veo recientemente, ni mantienen mi atención, ni me abisman en la contemplación de mí mismo. Son rosarios de textos que, más que expresar, con asombro y sencillez, terminan por apilarse entre alteros de páginas comunes. Muchos de ellos surgen como un impulso ególatra o, lo que es lo mismo, para buscar currículum. Pero qué poca fama puede dar el escribir. Sobre todo, cuando se escribe con los pies, acumulando adornos, en el lindero de la cursilería o de la obscenidad o del absurdo. Ahora parece necesario buscar algo, así sea la vana imagen de artista, para no perderse entre los ríos de imágenes y sombras de palabras. Por eso prefiero volver sobre lo leído, entre más antiguo mejor, o leer otros géneros. Me satisface enormemente leer ensayos o merodear por los géneros periodísticos.

Hace unos días, sin embargo, me llegó la invitación de Elisena Ménez para presentar *Patología rústicante*. Como es mi costumbre, leo y abandono, intento procesar las ideas, vuelvo a la lectura y voy tomando notas mentales para más tarde sentarme a escribir. En este caso, a medida que leía, reflexionaba y con agrado iba descubriendo a un autor de textos asombrosos, fascinante porque aparte de su conocimiento del ser humano, del animal humano, practicó el arte minucioso, con bisturí y lápiz en mano. Me llamó la atención, al principio, su acercamiento al cuerpo, asunto de mi interés desde muchos puntos de vista. Su riqueza verbal y la forma del soneto, totalmente desprovisto del disfraz que suele vestir, para ver, como sólo un médico puede hacerlo, lo que somos por dentro. Las palabras que diga serán inexactas e indignas para revelar un poco de la belleza de este libro que tengo entre mis manos.

¿Qué postura adoptar ante la vida? Sabemos que vamos a morir, que somos materia frágil, que enferma y duele. Entre más conciencia de nuestra brevedad más sensibles nos volvemos y las penas se ahondan o probablemente nuestra existencia se aligera. Si nos tomamos en serio, peor

para nosotros. De la suerte y la muerte nadie se escapa. Tal vez por eso la tragedia y la comedia son dos espejos de nuestro ser.

Aquí se tiene que andar con pies cautelosos, como en el juego de serpientes y escaleras. Nada garantiza que quien triunfa hoy sea el último que ríe. No es seguro que el que llora hoy no se levantará mañana y se alegrará sosegadamente. Unos, por motivos de su carácter o su voluntad, se inclinan hacia la seriedad mucho mejor que hacia el humor. Otros, como el doctor Omar Ménez Espinosa, caminaban de forma natural entre la risa, o incluso el sarcasmo.

Por mi parte, desde que escribí mi primer libro, caminaba en la sombra. El epígrafe, tomado de *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad, dice así: “Era difícil hacerse a la idea de que su trabajo no estaba allí fuera, en el estuario luminoso, sino detrás, en la ominosa penumbra”. Por eso admiro a los que ríen, a los que aceptan la vida como es y fluyen. Me parece que no es bueno tomarse en serio, desgarrarse a cada instante porque de por sí ya lo hace la existencia misma con nosotros. Pero estar aquí para todos es diferente y el cristal con que se mira cambia y finalmente se rompe.

En la medicina se transita hacia la técnica y se abandona el humanismo. Los médicos que sabían de todas las cosas, que veían al ser humano de una forma más completa, se han ido perdiendo. La especialización hace de este oficio una aproximación, un vago acercamiento a la persona, a veces con escrúpulos o repugnancia. Los médicos ahora no palpan a sus pacientes, por protocolo, para evitar malos entendidos o porque prefieren estudios de laboratorio más específicos. Muchas veces ni los miran. La medicina es como cualquier otra carrera donde lo mejor es no mancharse de sangre. En otros tiempos los médicos sabían mucho de una gran variedad de materias, tenían un buen bagaje cultural y en ellos se mezclaba la ciencia y el arte. En la historia de la literatura hay excelentes escritores médicos. Dos ejemplos de médicos humanistas, de extraordinarios médicos escritores, son Ruy Pérez Tamayo y Arnoldo Kraus. Federico Ortiz Quezada, escritor ejemplar también, dice que un médico que no escribe, en sentido estricto, es un paramédico.

¹ *Patología rústicante* (Editorial #La Maga y El Ciclope, México, 2022), es un sonetario atípico escrito por Omar Ménez Espinosa, médico y poeta mexicano.

Dios nos libre de los malos médicos y los malos escritores. Los que descienden de Apolo, padre de la poesía y de la medicina, cuánta falta nos hacen. Por su conocimiento de las debilidades humanas, por ver órganos, vísceras, enfermedades y muerte, porque acompañan en el dolor y el conocimiento de sí mismos a personas de todas las edades, los buenos médicos pueden entender mejor nuestras pasiones. Páthos viene del griego y significa enfermedad. La fuente de donde surge la literatura está en las pasiones.

Se puede escribir como al azar, sin ningún cuidado, poniendo en el papel ocurrencia tras ocurrencia o bien, haciendo abstracción para que nadie entienda qué quiso decir el autor. Se puede escribir repitiendo lo que otros conciben como poema, sin querer encontrar un lenguaje personal, único, para expresar la realidad. Se puede escribir sin tener idea de la forma, rompiendo el verso caprichosamente. En ese caso es posible tomar el artículo de un periódico, hacer versos con él y pasarlo por poesía.

Ahora se lee a toda prisa, porque ya nadie tiene tiempo de escuchar o de pensar las palabras. Las palabras se acumulan sin decir. Cuando se leen se cambia la voz como alguien dijo que se leía un poema. No se paladea cada palabra, no se crea la música, no se ama al silencio. Puede haber muchas razones para esto, pero en general hay mucha prisa por publicar y poco trabajo solitario. En *Patología rusticante*, por el contrario, es admirable la paciencia y la exactitud de cirujano para escribir. La composición de cada poema es ejemplar, no hay rimas fáciles, previsibles, ni versos descuidados. Algo que me agrada particularmente es que cada soneto empieza y termina en el punto exacto. El médico ausculta, diagnostica y señala un remedio. Quizá esta forma redonda sea lo más difícil de lograr cuando se escriben sonetos. Soneto, dicho entre paréntesis, significa: “que suena”.

El soneto es música, pero es algo más. No sólo un juego de ingenio; es también un trabajo meticuloso, de inteligencia y creatividad. Entre sus líneas, el médico, observador y curioso, incluye la idea de que vamos por la vida con el riesgo de enfermarnos de cualquier cosa y que la muerte se puede asomar con cualquier pretexto. Cada momento puede ser el último.

Es natural que se vea la realidad desde un único punto de vista y que lo mantengamos para sentirnos un poco más seguros, pero en el arte lo dogmático se rompe para dar paso a una multiplicidad de perspectivas. Son muchos mundos dentro del mundo y pareciera que podemos multiplicarnos, ser otros, tantos como autores leamos. Cuando abrimos un libro estamos en los zapatos de otro, nos leemos al ir recorriendo las líneas. La lectura es un viaje para conocernos más, un viaje interior. Los autores han hecho su propio recorrido y su escritura es el

testimonio de esa inmersión. A veces traen, de muy lejos, pepitas de oro.

En *Patología rusticante* el médico, el poeta, se pone en el lugar de otro, es un paciente que padece la enfermedad y se ríe de su condición. Las enfermedades lo enfrentan a lo inesperado, al miedo y, finalmente, a la salud recuperada. La enfermedad nos muestra lo que somos y queremos ocultar. Más allá de un cuerpo aséptico está lo innombrable, lo abominable. Sería bueno mirarnos íntegramente y aceptar nuestra fragilidad. Creo que la vida sería mejor. Aprovecharíamos el tiempo y disfrutaríamos los sucesos cotidianos. Viviríamos menos en el futuro, esperando los acontecimientos que quizá nunca lleguen.

Finalmente, tenemos en nuestras manos un libro como un espejo donde podemos mirarnos y reírnos de lo que somos, mortales que pueden ver la luz un día más. Celebro la existencia de autores que saben lo que dicen y, por supuesto, la de editores cuidadosos que vuelven una y otra vez sobre el texto para que los lectores podamos ver lo invisible. Va un humilde soneto en homenaje a Omar Ménez Espinosa. Mi gratitud para Elisena Ménez:

Cuando abras el libro, caro amigo,
te verás al desnudo en un espejo;
lo que tienes, tu fama, es un abrigo
que debes evitar, es un consejo

de un médico de almas. Qué te digo
que no pueda estar ya como un reflejo
en tu sangre y tus huesos, en tu ombligo,
en lo simple de un día y lo complejo

de una vida. Quien lo escribió te sabe.
Un poema es la llave del dolor,
una palabra en ocasiones cura.

Doble remedio es la paciencia y clave
para el enfermo y su tenaz doctor.
Ríe, lector, mientras la vida dura. ☞

Enrique Villada (Estado de México). Escritor mexicano, estudió Letras Españolas en la Universidad Autónoma del Estado de México. Fue becario del Centro Toluqueño de Escritores. Entre sus libros, cabe citar *Estuario luminoso*, *Palabras para un viaje* (mención honorífica en el Segundo Concurso Interamericano de Poesía “Navachiste” 1994), *Hojas de octubre*, *Castillos de luz*, *Abecedario*, *Ensayo de mi dulce gozo*, *Whitman el árbol y Espantantiteros* y *Libro de horas (antología personal)*. Obtuvo mención honorífica en el Premio Nacional de Poesía para Niños “Narciso Mendoza” 2000; el Premio de Poesía “Nezahualcóyotl” en 2002; y el Premio Chimalpain en 2011. Fue becario del Fondo para la Cultura y las Artes del Estado de México en 2008, 2011 y 2014. Escribió la letra del himno para conmemorar el Bicentenario de la Independencia “Canto a la libertad”, que actualmente es el himno oficial de la Universidad del Bicentenario. Imparte talleres de poesía y es profesor de literatura.